

—Entonces lo renovaremos; la verdad, sé de algunas que se han atrevido á murmurarme, y quiero en venganza hacerlas morir de envidia.

—Y á mí que no me disgusta, dijo Luis sonriendo.

—Como que á tí va á caerte el premio gordo.

Y sin variar de tema, pasaron al comedor, y con el buen apetito que produce la satisfaccion, dieron principio á la comida.

CAPÍTULO III.

LA ILEGADA

Ocho dias despues la casa del baron del Monte era la fiel representacion del movimiento continuo.

Los reposteros bullian en las cocinas y despensas, colorados y sudorosos. Los encargados de la limpieza andaban de uno en otro aposento, arremangadas las mangas de sus camisas, limpiando hasta sacar lustre de las mismas paredes. Relinchaban los caballos, miéntras tres cocheros pulian más y más las molduras de otros tantos carruajes, mandados construir recientemente, que iban á estrenarse dentro de pocas horas. Del mismo modo el portero limpiaba entrada y escalera, y el hinchado mayordo-

mo D. Lorenzo Olona recorria todas las salas y rincones, sin exceptuar cocina, cochera, ni entrada, y como general en jefe, daba órdenes y disposiciones, haciendo mover rápidamente toda aquella máquina de hombres, caballos, muebles y objetos.

No habia ménos animacion en las habitaciones de sus excelencias, de donde se retiraba el peluquero para dar paso al sastre, éste á las modistas, las que trópezaban con las doncellas, trayendo el uno áñaldidos y postizos de acá para allá, cruzando las otras grandes canastas, con riquísimos trajes recargados de blondas y lazos, convertidas aquellas en locomotoras á gran velocidad, iban y volvian, abrian, cerraban, se encaramaban, cuadro en fin para atolondrar al cerebro mejor organizado.

Nuestros lectores se explicarán al punto esta especie de delirio que reinaba en casa del excelentísimo baron del Monte.

A las nueve debía llegar á la corte la poderosa millonaria, la excelentísima duquesa de Claroudon, y aquella gente que

se habia levantado al rayar el sol, en aquel momento acababa los últimos preparativos para recibirla.

Salieran al fin de sus respectivas habitaciones los barones y sus hijos ricamente ataviados, y bajaron la escalera, á cuyo pié esperaban tres lujosos carruajes, tirado el primero por cuatro magníficos caballos ingleses, y por fogosos andaluces los restantes, pues con no poco disgusto del baron, los árabes no habian llegado todavía. Entraron las tres señoras en el primero, siendo ocupado el segundo por el baron y su hijo, el cual iba arreglando en su imaginacion la mejor y más estudiada manera de presentarse á la que él ya tenia por su futura novia.

Un gentío inmenso llenaba la estacion del Mediodia, esperando el tren-correo, cuando pararon ante ella los tres carruajes del baron del Monte, llamando extraordinariamente la atencion, por lo mismo que se conocian acababan de estrenarse, y viniendo á ser objeto de todas las conver-

saciones la entrada de nuestros personajes en el salon de espera, ostentando trajes y atavíos impropios del sitio y de la hora.

No se dignaron sus excelencias tomar asiento entre las muchas personas que, como ellos, esperaban á los viajeros, sin duda porque se veían mezcladas todas las clases de la sociedad, y así determinaron pasear por el andén. Esto no era tan cómodo, pero más aristocrático.

Paseaba como ellos, aunque en direccion inversa, de manera que á cada vuelta que daban, encontrábanse de frente, un jóven como de veintiseis años de edad, cuyo aspecto era la antítesis de sus excelencias. Vestia traje negro, pero de ese negro que á fuerza de frotarle el cepillo perdió para siempre su primitivo nombre, quedando en su lugar una rojiza sombra de lo que fué. Calzaba bota de becerro, y cubria su lustrosa y bien peinada cabeza un sombrero de los llamados de castor, que al igual del traje, entraba en la edad madura, si bien su mucha limpieza descubria la ex-

rema pulcritud del que lo llevaba. Tenia sus bien dibujadas facciones interesante palidez, á las que daban más atractivo dos negros ojos rasgados y brillantes, cuya mirada despedia ciertos rayos de inteligencia y nobleza de alma, que con solo verlos una vez cautivaban dulcemente los corazones capaces de estimar estas dos cualidades en lo que valen. Paseábase ensimismado, sosteniendo en su mano izquierda un cuaderno, y en su derecha un lápiz, que de vez en cuando hacia correr velozmente sobre aquel.

No se dignaron nuestros personajes descender sus ojos hasta el paseante, á pesar de la frecuencia con que se presentaba ante ellos, ni es probable que lo hicieran, si un pequeño incidente no los hubiese puesto por un momento en comunicacion. Sucedió que, habiéndose alejado el baron y su hijo para hablar algunas palabras con el director, dióle á un perrillo la gana de pasar al lado de las tres señoras y el simpático incógnito, y como le llamara la aten-

cion el ruido que hacian los trajes de seda arrastrando por el suelo, antojósele jugar con ellos, y sin decir allá voy, empezó á ladrar y saltar, tomándolos con la boca y haciendo mil perrunas monerías que excitaron la bñlís de las tres señoras. Procuraron éstas ahuyentarle con los manguitos, optaron luego por recoger las faldas, mas como arrastraban tambien las enaguas produciendo igual ruido por efecto del almidon, entusiasmóse más y más el gracioso perro, acabando por amedrentar á sus excelencias.

Visto tal apuro por el jóven que junto á ellas paseaba, cerró el cuaderno, y acercándose con desembarazo, cogió el perro por la nuca, tirólo á regular distancia, de modo que le hizo dar más de un quejido, y preguntó á las tres damas con suma galantería:

—¿Se han asustado ustedes?

—Mucho, respondió Lola; empezaba á temer si estaria rabioso.

—No ha sido nada, interrumpió severa

la mamá; damos á usted un millon de gracias.

—Señora, no merece....

Lo campana de la estación, anunciando la llegada del tren, los repetidos silbidos de la locomotora y la aparicion del Baron y Luis, cambiaron la escena por completo. Sin pensar en otra cosa que en mover los piés todo lo aprisa posible, volvieron nuestros personajes la espalda al jóven.

No es fácil explicar lo que sentian en aquel momento los corazones de las cinco personas que nos ocupan. Rápidas sus miradas pasaban de un wagon á otro, mostrándose en ellas la alegría, la impaciencia, el deseo, la curiosidad y mil encontrados sentimientos, más fáciles de comprender que de describir.

Paró majestuoso el tren, abriéronse las portezuelas de sus respectivos coches, descendiendo por ellas los numerosos y empolvados viajeros. Frente al wagon reservado se estacionaron los del Monte, por haberles advertido que en él iria la duque-

sa; advertencia necesaria por lo mismo que no la concian. Los reservados eran dos, pues la duquesa quiso uno exclusivamente para ella, y como había uno vacío, no cabía duda de que en el otro venía la millonaria.

Agrupados frente de él estaban nuestros personajes, cuando abrieron las portezuelas, precipitándose el baron y su hijo á ofrecer sus respetos á la ilustre viajera. Primeramente echó pié á tierra una jóven rubia, en cuyo matizado rostro brillaban dos ojos azules y lánguidos, parecidos al pedazo de cielo que se asoma entre albas nubes. A ésta siguió otra jóven también, aunque de algunos más años que la primera, no tan rubia ni tan blanca, pero verdadero tipo inglés lo mismo que aquella. Luego, y más pausadamente, bajó una señora ya anciana, de graves á la par que dulces facciones, cuyo sombrero, metido hasta la frente, dejaba ver apenas el nacimiento de su cabello completamente cano. Vestían todas riguroso luto, llevando

cada una en sus manos una pequeña bolsa de viaje. Antes de dar tiempo á que bajara la señora que faltaba, que debía ser precisamente la tan esperada y nombrada duquesa, apresuráronse padre é hijo á ofrecerle de nuevo sus agasajos y bienvenidas, metido medio cuerpo dentro del wagon y apretándose uno con otro. Despues de estos preliminares, que fueron contestados con benévolas frases y afectuosas sonrisas por parte de la jóven viajera, bajó ésta, ó mejor, la bajaron, siendo recibida en los brazos de las tres señoras, que se disputaban á porfía demostrarle sus afectos besándola y estrujándola.

Calmados los primeros ímpetus, y viéndose la duquesa libre de sus acciones, miró en torno suyo como persona que procura reconocer el sitio en que se encuentra, y muy pronto divisó á dos caballeros de mediana edad, decentemente vestidos de viaje, que estaban de pié á respetuosa distancia. Hízoles una imperceptible seña con la mano, acercáronse éstos, y despues de

cruzar con ellos algunas palabras en inglés, dirigióse á su tío diciéndole en buen español:

—Tenga usted la bondad de dar un guía á mis administradores para que les acompañe luego, pues se quedan al cuidado de los equipajes.

—Todo está previsto, contestó el baron; ahí tienen dos criados á sus órdenes.

—Los cuales dejaremos, prosiguió la baronesa, regresando nosotras á casa sin pérdida de momento, pues necesitarás descansar, añadió, besando á su sobrina.

—Sí, sí, vamos, dijeron Lola y Aurora. Y rodeando con sus brazos la cintura de su prima, lleváronsela hácia los carruajes que afuera esperaban; subiendo las cuatro damas en el primero, la señora anciana y las dos jóvenes inglesas en el segundo, y en el otro el baron y su hijo, cuya exaltada imaginacion iba forjando mil quimeras.

Al cerrar el lacayo la portezuela del primer coche se presentó el jóven que, paseando en la estacion, las habia librado de

las impertinentes y caninas caricias, y dijo saludándolas cortesmente:

—Dispensen ustedes mi importunidad; más al dirigirse ustedes al tren despues del incidente del perrillo, ví brillar un objeto en el suelo, encontrándome con este brazalete, que sin duda pertenecerá á alguna de ustedes. Miráronse apresuradamente las señoras sus respectivos brazos, exclamando Lola:

—Mio es; sin duda se me cayó cuando forcé por deshacerme del perrillo.

Entregó el jóven con mucha finura el brazalete á su dueña, y al punto la baronesa, haciéndole una seña para que separara, sacó de su bolsillo un rico portamonedas, y de él una pieza de cuarenta reales que presentó al jóven. Palideció éste mortalmente, mirando la moneda y á quien se la daba, y pudo apénas balbucear con voz reconcentrada y temblorosa:

—¡Señora! . . .

Pero instantáneamente, viendo á un men-

digo que allí cerca habia, le llamó para decirle:

—Esta señora quiere dar á usted una limosna.

Y tomando la moneda de manos de la del Monte, púsola en las del mendigo, que reia y lloraba de contento, y con un «beso á usted los piés» saludó á las cuatro damas, bajando los ojos ante la abrasadora mirada de Adriana, que estaba fija en su rostro.

—¡Pobre y orgulloso! murmuró la baronesa en cuanto el jóven hubo desaparecido. Lleva la miseria pintada en su figura y quiere echárselas de delicado.

—Tal vez le ha parecido mezuquina la gratificación, respondió Aurora sonriendo.

Los ojos de Adriana se fijaron en su tia, y luego en su prima, con la misma insistencia que en el jóven, si bien con muy distinta expresion.

Sin entender el baron y su hijo de todo esto mas que la parte mimica, rodaron los carruajes, miéntras la baronesa y sus hijas

asediaban á la ilustre viajera con solícitas preguntas, extremosos ofrecimientos y agasajos salpicados de besos y ternezas demasiado vivos para ser verdaderos.

La duquesa aceptaba las exajeradas demostraciones de sus parientas con una impasibilidad capaz de desorientar á otras que no fueran las señoras del Monte, que tenian á bien achacar á cortedad las frias sonrisas con que Adriana contestaba á los extremos de su cariño, complaciéndose en ello por considerarse muy superiores á la americana en arte de mundo.

Entraron al fin los carruajes en el espacioso portal de la casa del baron, apresurándose Luis á ofrecer el brazo á su prima, y juntos subieron la escalera seguidos de los barones, sus hijas y las tres recién llegadas con la duquesa, á quienes sus excelencias no se dignaron mirar siquiera.

Colocada en los tramos de la escalera la servidumbre del baron, iba saludando y ofreciendo sus respetos á la millonaria, que contestaba con afable sonrisa, captán-

dose desde el primer momento las simpatías de toda la gente de la casa.

Atravesaron el primer vestíbulo, luego algunas habitaciones, y encontráronse en un salón adornado con más lujo que gusto, en cuyos divanes de terciopelo naranja tomaron asiento. Apenas la duquesa se dejó caer en uno de ellos, volvió la cabeza hácia la anciana y las dos jóvenes que trajo consigo, y entregándoles su sombrerito de castor, les dijo dulcemente:

— Sentaos.

Dicha esta expresion en inglés, no fué comprendida por las del Monte, que, cuando vieron tomar asiento á las tres extranjeras en otro diván igual al que ellas ocupaban, miráronse mutuamente como escandalizadas de aquella falta de respeto, exclamando la baronesa sin poder contenerse:

— Junto á tus habitaciones están las de tu servidumbre, y pueden tus camareras ocuparlas desde este momento.

Seguidamente fué á tirar del cordón de la campanilla, mas detúvola Adriana sua-

vemente la mano, contestando con tranquilidad:

— No, mi buena tia, que no he traído servidumbre conmigo. La señora mayor, que usted vé, es mi nodriza, mi segunda madre, pues habiéndome privado Dios de la mia en mis primeros años, he consagrado á ésta todo el amor filial que á aquella debía. La dos jóvenes que la acompañan son hijas de un honrado comerciante inglés, que habiendo quebrado por un engaño de que fué víctima, vino á New-York y se puso á trabajar como el más infeliz obrero para pagar á sus acreedores. Su cuerpo, no acostumbrado á tan duras faenas, sucumbió al poco tiempo, dejando á sus hijas por única herencia el encargo de trabajar sin descanso hasta satisfacer lo que á él no le fué posible, encargo que ellas cumplan religiosamente aun á costa de su salud, que iba deteriorándose de dia en dia. La Providencia me dispensó la gracia de conocer estos tipos de virtud y de honradez, y la alta merced de rodearme de ellos. Estas

son las personas que me acompañan y deseo en torno mio, porque su virtuoso aliento embalsama la atmósfera que respiro, y su planta honra el suelo que yo toco.

Sonrió la duquesa dulcemente, y el carmin asomó á los rostros de sus parientes, sin encontrar á las palabras que acababan de oír mas que algunas excusas.

—Sublime Adriana, dijo Luis, no en vano te soñaba física y moralmente el modelo de las perfecciones, y te admiraba de lejos como te admiro en este momento.

Clavó la jóven los ojos en su primo, y sin darle contestación, volviós á la baronesa diciendo:

—Quisiera limpiarme el polvo del camino.

—Al momento, hija, al momento; pasemos á tu tocador, donde hallarás todas las comodidades necesarias.

Levantóse Adriana, y como si todos esperasen esta señal, pusiéronse en pié, apresurándose Luis á ofrecerla el brazo.

Despues de cruzar algunas habitaciones,

levantó la baronesa una riquísima cortina de terciopelo grabado bordado en oro, y dijo á su sobrina, apartándose á un lado para darla paso:

—Este es tu tocador.

Desprendióse la duquesa del brazo de su primo, diciéndole:

—En él no entró jamas otro hombre que mi padre.

—Pero soy tu primo carnal.... balbuceó Luis.

—Ni entrará otro que mi esposo si algun dia le tengo, continuó la jóven entrando en el aposento.

Sonrió Luis maliciosamente diciendo para sí:

—¡Magnífico!... Esto quiere decir que entraré el dia que sea su esposo.... ¡Oh, divina mujer! Acabas de llegar, me conoces apénas, y me das ya una esperanza que equivale á cuatrocientos millones. Bien, bien, muy bien.

Y frotándose las manos con alegría, dirigióse á la biblioteca para dar á su padre

la fausta nueva, miéntras la baronesa enseñaba á su sobrina las habitaciones que le habian destinado, la cual andaba incómodamente apretada entre los brazos de Lola y Aurora.

Despnes de ver el tocador, que estaba amueblado con una docena de sillones dorados con respaldo y asiento de terciopelo granate, largas colgaduras de lo mismo guarnecidas con flecos y borlas de oro, un magnífico espejo de Venecia con marco dorado, á cuyos lados dos hermosas figuras de plata oxidada sostenian otros tantos candelabros, pasaron al cuarto del baño, verdadero nido de paloma; de él á un hermoso recibimiento, con divanes y sillones de raso de color de rosa salpicado de ramos cenicientos, y por fin al dormitorio de la duquesa, cuyo dorado lecho estaba cubierto con una rica colcha de terciopelo blanco tachonada de flores de plata, á la que correspondian los sillones, colgaduras, espejos y alfombra.

La baronesa y sus hijas miraban cons-

tantemente el rostro de la duquesa para leer en él los afectos que su espíritu sintiera; mas el bello rostro permanecia impassible, mirando con la mayor indiferencia todo aquel boato.

Una vez en la cámara, dijo la del Monte, indicando una disimulada puerta que se abria en una de las paredes de la alcoba:

—Esta puerta abre comunicacion con los aposentos de tus doncellas, que comunican con el jardin. Ahora díinos ingénnamente qué te parece tu nueva morada, y si algo echas de ménos en ella.

—Efectivamente, tía, lo primero que esperaba ver es lo único que me falta.

—¡Oh! ¿Qué es ello? Dílo, dílo, exclamaron las tres parientas.

—Entre tanta plata y oro, ¿no hubiera sido posible arreglar un pequeño oratorio donde pudiera hacer cómodamente mis oraciones?

—No está léjos de tus aposentos el de la casa.

—En la soledad es como mejor eleva-

mos nuestro espíritu al Altísimo. Pero ya que el oratorio no es posible, ¿no podría traérseme algún crucifijo?

— ¡Oh, sí!... murmuró la baronesa desconcertada; pero de pronto....

— ¿No hay quizás ninguno en la casa?...

— No.... mas se comprará....

— ¿Dónde quieres colocarlo? preguntó Aurora.

— En mi alcoba.

En aquel instante oyóse la voz de una doncella que decía á través de una puerta:

— Señora baronesa, están aquí los equipajes.

Abrió resueltamente la del Monte aquella, diciendo:

— Que los éntren por el jardín á las habitaciones de la servidumbre de su excelencia. Y volviéndose á su sobrina, continuó. Ya tienes aquí los equipajes, por lo que te dejamos para que te dediques á tu *toilette* con entera libertad.

Salieron las del Monte de las habitacio-

nes de la recién llegada, y en cuanto no pudieron ser oídas, exclamó la mamá:

— Pero ¿esa muchacha es tonta ó hipócrita?

— Me parece que de todo tiene, dijo Lola.

— Si le da por hacerse la santurróna, nos divierte, contestó Aurora.

— Pero si no puede ser, objetó la baronesa; tendrá apenas veinticinco años, y á esa edad solo se piensa en devaneos.

— Pues ya ves cómo se hace la mojígata.

— Tal vez cree que en España le son las mujeres.

— Pues ya la desvaneceremos esta idea.